

CUANDO SE DESPERTÓ, EL CAPITALISMO TODAVÍA ESTABA ALLÍ¹

*Darío Sandrone*²

Desde hace un tiempo, la filosofía política ha tomado como lema y fetiche una expresión de Fredric Jameson según la cual es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Sin embargo, la interrupción repentina del funcionamiento de la maquinaria económica con motivo de la pandemia parece haber despertado de su letargo a los presagios filosóficos, como si la conmoción mundial ofreciera un escenario de “ahora o nunca” para imaginar alternativas a este sistema económico que, si sobrevive a la peste, probablemente no tarde demasiado en llevarnos a un problema ambiental de grandes proporciones. Pero, ¿cómo va a seguir todo? O mejor dicho, ¿va a seguir todo? Dos gestos intelectuales se han repetido ante estas preguntas. Por un lado, se ha considerado a la pandemia como una ruptura con el pasado, a partir de lo cual comenzaron las especulaciones sobre el futuro incierto. El otro gesto, por el contrario, ha insistido en la continuidad con experiencias antiguas similares, intentando extraer de ellas algún trazo para el mapa pos-pandémico. En lo que sigue exploraremos ambos gestos, sea bajo las ideas de otros o por impulso propio. Si el lector desea, en cambio, un análisis sistemático de la actual situación no lo encontrará en las siguientes páginas. Más bien, me interesa señalar algunos puntos de acceso a la problemática actual, señalar ciertos lugares (algunos comunes) que podrían transformarse en puertas a través de las cuales ingresar a una zona de ideas, lecturas y debates que sirvan para pensar el escenario actual y posiblemente los futuros.

1 El título de este ensayo, al igual que la mayoría de los párrafos que forman parte de él provienen de una serie reciente de columnas en la prensa gráfica de Córdoba, sobre todo en el diario Hoy Día Córdoba y, en menor medida, en La Voz del Interior.

2 Doctor en Filosofía, profesor en la Universidad Nacional de Córdoba, integra diversos proyectos de investigación interdisciplinarios en relación con el estudio del pensamiento sobre la técnica y la filosofía de la tecnología. Es columnista en medios gráficos y radiales sobre tecnología y cultura.

Se dice el pecado, no el pecador

Decíamos que se han presentado dos gestos intelectuales: especular sobre el futuro incierto y buscar señales en el pasado. El libro *La peste*, publicado recientemente por el filósofo argentino Leiser Madanes, responde a este segundo gesto.³ No pensamos la actualidad desde algún lugar fuera de la historia, sino enredados y embarrados en ella. En ese sentido, Madanes admite que uno de los esquemas de pensamiento antiguo sobre el vínculo entre muerte, obediencia y naturaleza (tres elementos que están en el centro de la escena en la actualidad) proviene del pensamiento cristiano. Según el *Génesis*, los primeros humanos vivían en total armonía con la naturaleza: los árboles prodigaban sus frutos, la tierra cedía copiosamente sus productos, los animales estaban disponibles como alimento y nuestros cuerpos inmortales solo experimentaban satisfacciones. Pero los humanos desobedecimos las órdenes de Dios y, entonces, la naturaleza se volvió hostil y ajena. Según este mito, desde entonces todo lo que podemos obtener de ella es a fuerza de trabajo y esfuerzo, con el “sudor de la frente”. Nuestros cuerpos, por otro lado, se volvieron vulnerables: la muerte y el dolor (también en el parto) fueron los ingredientes del castigo divino. Una interpretación fundamental de este mito fue la de san Agustín en el siglo IV dC. Allí consolida el siguiente concepto: la naturaleza no puede repararse a sí misma. No podemos confiar en la propia naturaleza, que nos lleva a desobedecer, ni en la que nos rodea, que se desquicia y nos amenaza. Solo nos queda recurrir, piensa Agustín, al mismo poder no natural que, a pesar de habernos castigado con el dolor y la muerte, nos ofrece la posterior salvación. En ese sentido, durante buena parte de la Edad Media, las epidemias han sido concebidas como la eventual aceleración de una penalidad inevitable impuesta por un poder supremo, que ni siquiera la iglesia podía controlar eficazmente para ofrecer la reconciliación divina a los moribundos: “la peste nos arranca las víctimas antes de que puedan confesar sus pecados y arrepentirse”, se quejaba el papa Gregorio en el siglo VI.

Hablar a los ojos

Como bien cuenta Madanes, habrá que esperar a la Peste Negra que azotó a Europa a mediados del siglo XIV para que aparezca algo así como “políticas públicas”. Paradójicamente, fue en Italia (el país que fue tomado por sorpresa por la actual pandemia) donde se conformaron las primeras comisiones *ad hoc* de ciudadanos influyentes para tomar precauciones. En Siena, en 1347, se prohibió el juego de azar y las apuestas para evitar las aglomeraciones. En

3 MADANES, L., *La peste*, Centro de Investigaciones Filosóficas, Buenos Aires, 2020.

ese siglo y el siguiente, los Visconti, en Milán; los Gonzaga, en Mantua; y más tarde los Médici, en Florencia; se sumaron a esta tendencia que buscaba intervenir la vida social, no para acompañar en la muerte sino para prevenirla. Se diseñaron en ese momento la mayoría de las técnicas que actualmente utilizamos para combatir la pandemia: cuarentenas, encierros, aislamientos (para lo cual se disponen lugares especiales, los *lazzarati*) y cordones sanitarios que solo se podían atravesarse con un “pasaporte de salud”. Se prohibió la actividad de los colegios y cantinas, al igual que la de los pordioseros y las prostitutas. En Venecia, se intervino fuertemente el comercio: se inspeccionaba el vino, el pescado, la carne, pero también, el agua de las cisternas y las cloacas.

Estas medidas intrusivas y sumamente costosas fueron, sin embargo, muy eficaces. En la misma medida fueron resistidas. En 1629, la iglesia se negó a cancelar una celebración multitudinaria en Pascuas, por lo que el gobierno de Milán llevó al lugar los cuerpos desnudos de quienes habían muerto ese mismo día a causa de la peste y los paseó en un carro entre la multitud para amedrentar a la población. “Un modo de hablarle a los ojos”, se justificaron los funcionarios. Por otro lado, los médicos, no menos que los religiosos, demoraron la lucha de los gobiernos civiles contra la plaga, a punto tal que fueron omitidos de aquellas primeras comisiones, que mencionamos anteriormente, para paliar la peste. Sucede que en las universidades se enseñaba que el origen de las epidemias era miasmático, es decir, que no se contraía por contagio, sino por respirar emanaciones del suelo o del agua. Este y otros episodios, según señala Madanes, contribuyeron a que la administración civil gane peso y legitimidad frente a las corporaciones religiosas, médicas o económicas a la hora de enfrentar epidemias, una situación que se mantiene hasta ahora, y que se ha mostrado con claridad en la actual pandemia.

Estado (de naturaleza)

Con el surgimiento de esta nueva configuración, en los siglos que siguen el Estado ocupará el lugar del dios de san Agustín. Será Thomas Hobbes, en el siglo XVII, quien mejor explique esta transformación. Madanes enfatiza el mito del *Génesis* y proyecta sus consecuencias en los discursos modernos bajo este nuevo escenario para controlar las epidemias: desobedecer al poder desquicia a la naturaleza. El filósofo cordobés Carlos Balzi, quien recientemente ha realizado una de las pocas traducciones al español de *Leviatán*,⁴ señala que para Hobbes, a diferencia de Agustín, la naturaleza es originalmente desquiciada, y no debido a una falta humana. Este caos se debe a que, justamente, para Hobbes, Dios es un ser distante y desconocido que no está pendiente de

4 HOBBS, T. *Leviatán*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2016.

nosotros. Para colmo de males, los humanos no pueden salir por sus propios medios del caos natural pero, y esta es la diferencia fundamental con Agustín que señala Balzi, para el filósofo moderno la clave no es la conexión de lo humano con lo divino, sino la capacidad única y extraordinaria de hacer artificios, objetos técnicos, aparatos, entre ellos, el aparato estatal. Este ser no-natural y no-divino impondrá orden y exigirá obediencia para evitar que la naturaleza se desquicie y la sociedad se disuelva. Pero ¿qué es el Estado? O, mejor aún, ¿cómo debe ser? En principio, si es un artefacto, podemos decir lo mismo que de todo artefacto: es ambivalente. A diferencia del dios de Agustín, su diseño puede disputarse y con él su modo de operar y sus funciones. Un estado puede ser diseñado como un regulador de la economía, como un aparato represivo, como una garantía a los poderes fácticos, como un interventor biopolítico. Sus eventuales diseñadores pueden ser movimientos populares encolumnados tras un partido o minorías poderosas encolumnadas tras militares o gobiernos neoliberales. Todos disputan el diseño del Estado y si gobernar es tener prioridades, los diseños se diferencian entre sí según las prioridades para las cuales se prepara el aparato. No obstante, la pandemia simplifica el abanico de disputa y los matices de diseños de acuerdo a fines. Obliga a poner blanco sobre negro: se prioriza la salud colectiva o los otros aspectos que también hacen a la vida colectiva de la población.

Salvo notables excepciones (Estados Unidos y Brasil, entre ellas) la mayoría de los gobiernos, algunos más tarde, otros más temprano, han priorizado la salud de la población, lo único atendible ante una pandemia. Por su parte, los filósofos dicen libertad; los economistas liberales, mercado; los médicos, salud a cualquier precio. Pero, como señala Madanes, desde los tiempos del Renacimiento, la responsabilidad de tomar las decisiones sobre el destino colectivo insufla en los funcionarios públicos “un conocimiento que permanece oculto al hombre llano, sea este sabio o ignorante”. En ese sentido, realiza un elogio a los hombres y mujeres de Estado que podría extenderse hasta nuestros días. Desde aquellos estados embrionarios que se enfrentaban preventivamente a las pestes, quienes detentan el poder y la responsabilidad de manera virtuosa, desde su privilegiado lugar de observación y acción directa ven con claridad lo que “la confusa amalgama de intereses y presuntos saberes no saben ver: hay contagio y hay medidas que se pueden tomar para paliarlos”, como señala Madanes. Al atender esa única dimensión, sin embargo, las presiones de los diferentes sectores sociales se hacen sentir sobre el Estado: se le reclama y se lo rechaza, se le pide que cuide a la población pero que no la controle, se le exige y se le niega la acción. Finalmente, al igual que el Dios de Agustín (la metáfora es de Madanes), en su lucha contra la peste, el Estado es salvador y crucificado, al mismo tiempo.

Los sobre-viviente

Si el Estado solo se ocupa de la vida, si la preocupación exclusiva es la supervivencia, ¿no se paga un precio muy alto si se sacrifica la dimensión social, con sus hábitos, ritos e intercambios? ¿No se reduce el ser humano a su organismo? Así al menos lo entendió Giorgio Agamben, uno de los primeros filósofos reconocidos mundialmente en salir a la esfera pública para sentar posición. A finales de febrero publicó un artículo bajo el desafortunado título “La invención de una epidemia”,⁵ en el cual afirmó que el virus, al que calificó como “una gripe normal, no muy diferente de las que se repiten cada año”, era una sofisticada excusa para desencadenar el control y la represión de la población por parte de los estados. El primer gesto de Agamben fue continuista: vio en las antiguas experiencias de represión estatal los trazos del mapa futuro. Sin embargo, (otra vez la ambivalencia) las imágenes de los médicos (precisamente estatales) trabajando a destajo en los abarrotados pasillos de los hospitales generaron una ola de críticas hacia el filósofo que tuvo que recalcar y publicar una aclaración matizando sus dichos. En sus “Aclaraciones,”⁶ a pesar de dimensionar mejor las consecuencias del virus, continuó formulando preguntas incómodas. Si la “vida desnuda” —y el miedo a perderla— es el único elemento que articula la interacción social y la actividad del Estado, ¿tiene algún sentido vivir en sociedad?

Agamben también es continuista en lo que a la tecnología se refiere. En sus “Aclaraciones” afirmó que de la misma manera que las guerras dejaron la “tecnología nefasta” de la bomba atómica y el alambre de púas, la pandemia permitirá que los estados cierren las universidades y las escuelas “y sólo den lecciones en línea”, “que dejemos de reunirnos y hablar por razones políticas o culturales y sólo intercambiamos mensajes digitales, que en la medida de lo posible las máquinas sustituyan todo contacto —todo contagio— entre los seres humanos.” También Bifo Berardi despuntó un romanticismo sobre la dimensión física de la comunicación donde “los cuerpos se rozan y se tocan en un flujo de conjunciones” y “los intercambios lingüísticos son imprecisos y ambiguos”, en oposición a “la dimensión conectiva, en la que las operaciones lingüísticas son mediadas por máquinas informáticas, y por lo tanto responden a formatos digitales, la actividad productiva es parcialmente mediada por automatismos, y las personas interactúan cada vez más densamente sin que sus cuerpos se encuentren.” Nuevamente el gesto continuista se hizo presente cuando afirmó que de la misma manera “Internet

5 AGAMBEN, G. “La invención de una epidemia”, Página 12, 5 de marzo de 2020. Publicado en Quodlibet.it Ficción de la razón el 26 de febrero de 2020. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/250990-la-invencion-de-una-epidemia>

6 Disponible en: <http://comunizar.com.ar/giorgio-agamben-aclaraciones/>

fue preparada por la mutación psíquica denominada SIDA.”⁷ Sin embargo, Bifo también coqueteó con un gesto rupturista, cuando dijo que “el virus es la condición de un salto mental que ninguna prédica política habría podido producir” y que si no había un nombre mejor, se podría llamarlo comunismo. Algo similar había planteado el primer rupturista de este debate, el filósofo-rockstar esloveno Slavoj Žižek, quien salió al debate público mejor orientado que Agamben, aunque se entusiasmó demasiado y terminó realizando afirmaciones inverosímiles que más bien exponen sus deseos. Sostuvo que la pandemia no solo nos da la posibilidad de pensar “una sociedad más allá del estado-nación”, sino también que hirió de muerte al capitalismo y que nos deja en las puertas de “reinventar un comunismo basado en la confianza en las personas y en la ciencia”.⁸

Ni la distopía estatista de Agamben ni el optimismo comunista de Žižek convencen, aunque quizá el futuro tenga un poquito de esto y un poquito de aquello. Sin embargo, para avanzar un poco en esa discusión es necesario sumar los rasgos específicos de nuestra época a las tradicionales tensiones teóricas y prácticas de la ambivalencia estatal entre seguridad y libertad, por un lado, y a las descripciones tradicionales del capitalismo, por el otro. La clave parece estar una tensión novedosa e inédita entre organismo y computadora, entre lo biológico y lo digital, que marca a esta pandemia con el espíritu de la época actual y la diferencia de otras anteriores, obligándonos a repensar las categorías de análisis históricas y filosóficas. En los próximos dos apartados de este ensayo, que también serán los últimos, nos ocuparemos de sugerir algunos elementos de cómo irrumpe la pregunta por lo biológico y lo digital, respectivamente, en este asunto.

No ver para clasificar

Foucault dedicó buena parte de su obra a desentrañar cómo las ciencias naturales elaboran arduos sistemas conceptuales para fundamentar la clasificación de individuos según fines sociales, ejerciendo violencia y poder. Quien clasifica tiene el poder. Tal vez por eso, el francés le dedicó un extenso apartado de *Las palabras y las cosas* al padre de la anatomía comparada, el naturalista Georges Cuvier (1769-1832),⁹ quien fue el primero en clasificar los seres vivos, no de acuerdo a su comportamiento visible, sino a la estructura

7 BERARDI, F. “Crónica de la psicodefación”. Disponible en: <https://cajanegraeditora.com.ar/blog/cronica-de-la-psicodefacion/>

8 ŽIZEK, S. “Coronavirus is ‘Kill Bill’-esque blow to capitalism and could lead to reinvention of communism”, 27 de febrero de 2020. Disponible en: <https://www.rt.com/op-ed/481831-coronavirus-kill-bill-capitalism-communism/>

9 FOUCAULT, M. *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1968, pp. 258 y ss.

y distribución de sus órganos, en otras palabras, a su organización. Con ese invento, afirma Foucault irrumpe lo invisible en la clasificación de los vivientes: “desde lo más lejano de la mirada, la posibilidad de clasificar”. A partir de Cuvier, la vida comenzó a ser clasificada “en lo que no tiene de perceptible”.

Una de las formas en que lo imperceptible ingresa como un valor social es a través de la medicina. “La salud es la vida en el silencio de los órganos”, escribió el cirujano francés René Leriche a principios del siglo XX. El organismo vive, si saludable, en silencio. Lo imperceptible sirve como criterio para clasificar los seres vivientes que gozan de buena salud. Sin embargo, paradójicamente, un virus tampoco hace ruido ni puede detectarse a simple vista. Es considerado por las autoridades, entonces, como un enemigo silencioso o invisible. El primero en usar esa expresión en contexto de pandemia fue el presidente de Francia, Emmanuel Macron, el 16 de marzo. La expresión despertó polémica porque fue la misma que utilizaron muchos estados durante la segunda mitad del siglo XX para reprimir a todo tipo organizaciones políticas y sociales distribuidas entre la población. En esa doctrina se buscaban cuerpos silenciosos o silenciados entre la bulliciosa multitud. Estos episodios y otros más antiguos dieron origen a una arraigada tradición en filosofía, hija de Foucault, que coloca a los cuerpos en el centro de las críticas a los estados. Aún en contextos relativamente pacíficos, los cuerpos se clasifican, distribuyen, disciplinan y segregan según la clase social, la etnia, el aspecto y el género. En ese registro, el filósofo español Paul Preciado afirmó en su texto sobre la pandemia que la mayor enseñanza de Foucault es que “no hay política que no sea una política de los cuerpos”.¹⁰

Sin embargo, podríamos sugerir que los cuerpos difieren de los organismos. Al contrario de la organización imperceptible de Cuvier, los cuerpos son perceptibles: tienen formas, texturas, tamaños, colores, marcas, cicatrices, rasgos. Además, a diferencia de los organismos saludables de Leriche, los cuerpos son ruidosos: respiran, hablan, circulan, gimen, cantan, aplauden. La pregunta es, entonces, ¿a qué nivel operan las restricciones del Estado en esta pandemia? ¿a nivel del cuerpo perceptible o del organismo imperceptible? Una primera observación sugiere que los controles y las sanciones no recaen sobre “algunos” cuerpos individualizados y definidos social o políticamente, sino sobre “todos” los cuerpos. A diferencia de la doctrina del enemigo interno, el Estado no busca en este caso a nivel de lo visible y sectorizable, no persigue a los cuerpos de los otros sino a “un enemigo invisible que se mete en el cuerpo de los otros”, según las palabras de Alberto Fernández el jueves 19 de marzo. Los otros no son “ellos”, sino cualquiera.

10 PRECIADO, P. “Aprendiendo del virus”, El País, 28 de marzo de 2020. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952_026489.html

En ese marco, los discursos biológicos y médicos, más amigos de la noción pretendidamente universal de organismo, ganan el centro de la escena e imponen su mirada: al organismo no se lo persigue, se lo diagnostica; al organismo no se lo encierra, se lo aísla; al organismo no se lo disciplina, se lo trata. Se los clasifica diferenciadamente solo en función de su vulnerabilidad al virus: organismos con patologías preexistentes y viejos. La tradición foucaultiana, sin embargo, insiste en recordar que no hay organismo sin cuerpo y que los cuerpos tienen diversas realidades sociales. A pesar de ser organismos igual de vulnerables al virus, los cuerpos de los pobres, de los presos, de las mujeres y los niños son más vulnerables a la violencia y desigualdad social. El estado no puede tratarlos con la misma indiferencia con que los trata la medicina. Le toca al Estado, entre tanto ruido silencioso, oír a las ciencias médicas y biológicas sin desoír las críticas provenientes de la filosofía crítica. Le toca, una vez más, ser la cuerda que se tensa entre el silencio de los órganos y el bullicio de los cuerpos.

Lo digital

Otro filósofo que apareció en escena fue Byung-Chul Han, quien probablemente sea hoy el filósofo más leído del mundo. El surcoreano contradujo explícitamente a Zizek, afirmando que la pandemia no afectará al capitalismo, y se acercó a la tesis de Agamben cuando aseguró que el peligro más inmediato es la instauración de un estado policial duro basado en las nuevas tecnologías.¹¹ Byung-Chul Han señaló como caso paradigmático a China, que con innumerables cámaras de seguridad y sensores en la vía pública, drones vigilantes, seguimiento de celulares y un intercambio irrestricto de datos entre el Estado y las empresas prestadoras de servicios sobre las actividades privadas de los individuos (algo inadmisibles en Occidente, aunque habitual tras bambalinas) ha logrado controlar la situación. Si este modelo se expande, Byung-Chul Han imagina un futuro dominado por “una biopolítica digital” que controlará activamente a las personas. Sin embargo, este tipo de preocupaciones parece más cercana a los pensadores de países asiáticos y centrales; mientras, en el caso de los países latinoamericanos, como sugiere Maristella Svampa, “antes que una sociedad de vigilancia digital al estilo asiático, lo que encontramos aquí es la expansión de un modelo de vigilancia menos sofisticado, llevado a cabo por las diferentes fuerzas de seguridad, que puede golpear aún más a los sectores más vulnerables,

11 HAN, B. “La emergencia viral y el mundo de mañana. Byung-Chul Han, el filósofo surcoreano que piensa desde Berlín”, *El País*, 22 de marzo de 2020. Disponible en: <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>

en nombre de la guerra al coronavirus.”¹² Además, y aquí Svampa da otro enfoque a la cuestión del enemigo invisible, “el enemigo no es el virus en sí mismo, sino aquello que lo ha causado”, es decir, este tipo de “globalización depredadora” que se expresa, agregamos nosotros, en la complicidad de gobiernos neoliberales que han preservado los intereses y lobbies corporativos a la hora de invertir en tecnología. Justamente, uno de los problemas de esta pandemia es la falta de máquinas (y no su exceso, como vaticinan los filósofos) en los hospitales, puntualmente de respiradores artificiales. Nuevamente aquí aparece la ambivalencia del Estado, que al despertarse del sueño “todo va a ser digital”, se encuentra con la necesidad de rediseñarse en materia de tecnología.

En los primeros días de abril, el gobierno de Estados Unidos firmó un contrato por US\$ 490 millones con General Motors para la producción de 30.000 respiradores. Una industria líder del siglo pasado, fabricando máquinas de principio de ese siglo (los primeros respiradores comenzaron a usarse a comienzos del 1900). Y deberíamos ir más atrás aún para recordar que frente a toda esta tecnología digital que se profetiza omnipresente, las técnicas preventivas siguen siendo, como vimos, las que nacieron en el siglo XIV, a la que podemos sumar la de lavarse las manos, del siglo XIX. A pesar de ello, la brecha existe y se profundiza. La colosal infraestructura digital que se ha desplegado en el planeta en pocas décadas contrasta cruelmente con la raquítica infraestructura tecnológica del sistema sanitario. Incluso, como vimos, los países “desarrollados” no pueden conseguir unos cuantos miles de ventiladores para asistir a los cuerpos convalecientes. Esta asimetría se cristalizó en el doloroso protocolo que establecieron los médicos italianos. A los pacientes con pocas probabilidades de sobrevivir, en muchos casos porque no les han podido conseguir un respirador mecánico, les proveen una tablet digital, que abundan en el mercado, para que puedan despedirse de sus familiares y seres queridos.

En ese sentido, muy a pesar de Zizek, lo que se observamos es que la pandemia lastima al capitalismo pero no lo hiere de muerte. Más bien, acelera bruscamente su mutación hacia lo que ha sido nombrado de muchas maneras: *capitalismo de plataformas*, *capitalismo digital*, *capitalismo informacional*, *capitalismo de la atención* y que consiste en una migración de las inversiones del capital al trabajo informático y a la tecnología digital. Esta tendencia, además de los mayores márgenes de ganancia, ahora encuentra inesperadamente una justificación extraeconómica en la salud pública, ya que prescinde de la circulación de los cuerpos. Esto intensifica un tipo particular de división social: quienes pueden ganarse el salario trabajando

12 SVAMPA, M. “Reflexiones para un mundo post-coronavirus”, en VV.AA., *La fiebre*, Aspo, 2020.

en una computadora están adentro, los demás afuera. De los que quedan afuera también hay dos clases. Por un lado, quienes desarrollan actividades “esenciales” (según la terminología del decreto N° 260 del 12 de marzo) para sostener el funcionamiento del país; por el otro, aquellos que, según esta lógica, son “inesenciales”. Entre los primeros están, por ejemplo, los empleados de la salud y quienes prestan servicios funerarios, quienes trabajan en la producción y distribución de alimentos y energía; quienes trabajan en el transporte, la seguridad, la justicia y la comunicación. Entre los “inesenciales”, en cambio, están los vendedores ambulantes, los que hacen changas, los carreros, los peluqueros, los albañiles, los paseadores de perros, los dueños de restaurantes y carros de choripán. Las restricciones del Estado recaen con mayor crudeza sobre estos cuerpos cuya circulación, al parecer, no es esencial para el país aunque sí para la subsistencia de sí mismos. En consecuencia, la pandemia no solo exige al máximo al sistema sanitario estatal, sino también al sistema de contención social y económico para todos estos cuerpos que el capitalismo informacional no puede ni quiere contener y que el Estado, por motivos de salud pública, no puede dejar circular.

En este contexto, el afuera de lo digital se hace más hostil y el adentro más amigable. Por un lado, los límites dispuestos para los cuerpos se intensifican de repente. Los muros de las casas, los límites provinciales, las fronteras nacionales se cierran inflexiblemente para que ningún cuerpo entre o salga. Por el contrario, las restricciones al interior de lo digital se relajan o desaparecen para que los humanos virtualizados “circulen” con mayor libertad. Miles de contenidos a los que no se podía acceder sin pagar, ahora tienen entrada libre y gratuita. Obras de teatro, cine, música, libros, revistas, museos. Netflix sumó casi 16 millones de nuevos usuarios durante los primeros tres meses del año, alcanzando una ganancia bruta de 958 millones de dólares y revalorizando sus acciones en un 30% aproximadamente.¹³ Con respecto a las aplicaciones que favorecen las reuniones y el trabajo remoto, Teams y Skype (de Microsoft), Webex (Cisco), Slack y Zoom Video Communications son las que más ganan. Casualmente esta última llegó a los 300 millones de usuarios –en marzo tenía 200 millones– y cotiza unos 46.000 millones de dólares, más del doble que Twitter.¹⁴ Los diarios on line permiten

13 SÁNCHEZ-SILVA, C. “Estos son los ganadores por la cuarentena”; El País, 14 de marzo de 2020. Disponible en: <https://elpais.com/economia/negocio/2020-03-14/estos-son-los-ganadores-por-la-cuarentena.html>

14 Aunque no podemos extendernos aquí sobre los rasgos fundamentales de este nuevo tipo de capitalismo, algo que dejaremos para otra ocasión, recomendamos el libro del aceleracionista SRNICEK, N. *Capitalismo de plataformas*, Caja Negra, Buenos Aires, 2018. Desde antes de la pandemia, Srnicek viene afirmando que es necesario revisar seriamente la posibilidad de estatizar las grandes plataformas digitales. Su posición que hasta este momento sonaba descabellada toma otro tono ahora, si tenemos en cuenta que frente a una parálisis inédita de la economía

también el acceso irrestricto a todo su contenido relacionado con el virus. Incluso Pornhub, la plataforma de porno más grande del mundo, aprovechando la masa orgánica hacinada en sus casas, abrió su contenido premium en todo el planeta en busca de nuevos suscriptores. El adentro digital (el adentro del adentro) se acondiciona para que todos estemos cómodos y plácidamente instalados, como quien prepara la habitación a un huésped que planea quedarse mucho tiempo, a cambio de un pago “justo”, desde luego. Por lo pronto, habrá que seguir imaginando el porvenir, no tanto a la manera de un gurú que anuncia el fin del mundo o del capitalismo, sino, por el contrario, para intentar comprender en qué formas continuarán.

mundial, el único sector que se expande y multiplica sus ganancias hasta las nubes es el de la informática y la comunicación digital. ¿podemos soportar un mundo de pobreza extrema para los pueblos y riqueza concentrada en los dueños de Internet? Como dijimos, el tema excede este escrito y será retomado en otro momento.